

A PROPÓSITO DE LA ENCICLICA "DEUS CARITAS EST"

El pasado día 25 de diciembre de 2005, firmaba "junto a San Pedro" su primera Encíclica el Papa Benedicto XVI. Su título: "Deus Caritas est", "Dios es Amor".

Ya en estos meses pasados han sido escritos algunos comentarios y análisis del texto de este documento pontificio por autores de reconocida sabiduría y experiencia.

No pretenden estas líneas llegar a tan altos niveles, sino que su propósito es, simplemente, compartir con los amables lectores de esta publicación, los párrafos más importantes del documento junto con algunas reflexiones e impresiones, tanto personales, como también recogidas de otras fuentes más autorizadas, sobre el texto y su autor.

Lo que llama ante todo la atención de muchos y ha sorprendido a un sector de la opinión pública es el mismo título o, por mejor decir, el contenido de la primera Encíclica del Santo Padre Benedicto XVI.

Contra todas las expectativas de algunos "sabios" y "expertos", este primer documento del Magisterio Ordinario del Papa no trata de "definir" cuestiones doctrinales en litigio o de "condenar" alguna opinión "no ortodoxa". Para sorpresa de los que tenían "catalogado" al actual Pontífice como la figura legendaria y terrible del "Gran Inquisidor", puesto que era, hasta su elección como Pastor Universal, Prefecto de la controvertida Congregación de la Doctrina de la Fe. Este cargo, desempeñado con gran competencia por más de veinte años, le había granjeado al Cardenal Ratzinger no pocos títulos de supuesta prepotencia y rigidez, provenientes de sectores "liberales" que siempre han pretendido que el quehacer teológico tenga cauces "independientes" y autosuficientes, al margen o en paralelo con el Magisterio Eclesiástico. Esos tales olvidan que un teólogo católico no es más que un cristiano, hijo de la Iglesia Católica, que quiere rendir el servicio eclesial de pensar de modo sistemático y pedagógico sobre el contenido y alcance de las verdades de la Fe, o si se prefiere, de lo que llamamos "el Depósito de la Revelación", subordinando sus conclusiones o hallazgos al Magisterio Universal de la Iglesia, que goza del carisma de la infalibilidad y es ejercido por el Romano Pontífice y los Obispos en comunión con él. En otras palabras los teólogos, por sabios que sean, no gozan del carisma de la infalibilidad. Este sólo fue otorgado por Cristo a Pedro y el Colegio Apostólico y a sus legítimos sucesores o sea, al Papa ya los Obispos en comunión con la Sede Apostólica del sucesor de Pedro.

Los que tuvimos el privilegio de conocer personalmente al Cardenal Joseph Ratzinger antes de su elección pontificia y como prefecto de la referida Congregación de la Doctrina de la Fe, pudimos percibir de cerca su trato sencillo, amable y afectuoso su transparente caridad y delicadeza, que los más alejados no estaban quizás en situación de captar. De ahí los prejuicios y los augurios tenebrosos suscitados en ciertos sectores a raíz de su elección, por el Colegio Cardenalicio, como Obispo de Roma y, por tanto, como "sucesor de Pedro".

Afortunadamente, esos augurios y prejuicios se han ido disipando como la neblina con la luz del sol. Ahora sorprende ver que al cabo del primer año como Pastor Universal han pasado más de cuatro millones de personas "para ver al Papa".

Así, con su estilo personal y distinto del de su venerado antecesor Juan Pablo II, que poseía el carisma de la comunicación a las multitudes y especialmente a los jóvenes, Benedicto XVI, con su sonrisa un tanto tímida, con su mirada transparente, inteligente y cálida a la vez, con su talante sencillo y a la vez trascendente, también se ganó a los jóvenes de Colonia en la Jornada Mundial de la Juventud del pasado mes de agosto de 2005. A los niños, en su emocionante encuentro con ellos en la plaza de San Pedro el 15 de octubre de 2005. Y así, poco a poco, con dulzura y amor, a todos los sectores del pueblo de Dios: Obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, laicos, hombres, mujeres, y niños, jóvenes y ancianos, enfermos y presos, hombres de ciencia y artistas, sencillos y humildes trabajadores, hombres del campo y de la ciudad. Para todos y cada uno, una palabra de aliento y entrañable afecto. Así, acercándonos a la figura concreta y auténtica del autor, podremos abrir, hojear y leer con detenida y merecida atención, las páginas de la encíclica "Deus Caritas est".

Consta la Carta en cuestión de una introducción, seguida de dos partes bien definidas y de una conclusión que resume todo el camino recorrido en el documento. Lamentablemente no tenemos la posibilidad de ofrecer a

nuestros lectores, como sería de desear, un ejemplar del texto mismo del documento pontificio. Por eso, y para remediar un tanto la ausencia de dicho texto, me permito hacer una excursión que resuma concisamente su contenido.

Ante todo, **la Introducción**. En ella el Papa comienza con una cita del Apóstol San Juan en su Primera carta: “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”(1Jn.4,16). Y a continuación dice: “... en este mismo versículo, Juan nos ofrece una formulación sintética de la existencia cristiana: **“Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”**. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva... La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del libro del Deuteronomio que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: **“Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” (Dt.6,4-5)**. Jesús, haciendo de ambos un solo precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en libro del Levítico: **“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”(Lv.19,18)**. Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1Jn.4,10), ahora el amor ya no es sólo un ‘mandamiento’, sino la respuesta al don del amor con el cual viene a nuestro encuentro. En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, este es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás. Quedan así delineadas las dos grandes partes de esta Carta, íntimamente relacionadas entre sí.”

En la **Primera Parte** el Santo Padre se dedica a analizar “el vasto campo semántico de la palabra “amor”: se habla de amor a la patria, de amor por la profesión o el trabajo, de amor entre amigos, entre padres e hijos, entre hermanos y familiares, del amor al prójimo y del amor a Dios. Sin embargo, en toda esta multiplicidad de significados destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el cual se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del tal amor palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor. Se plantea entonces la pregunta: todas esas formas de amor ¿se unifican al final, de algún modo, a pesar de la diversidad de sus manifestaciones, siendo en último término uno solo, o se trata más bien de una misma palabra que utilizamos para indicar realidades totalmente diferentes?

“Eros” y “agapé”

“Los antiguos griegos dieron el nombre de *eros* al amor entre hombre y mujer” Mientras que *agapé* designa un amor de tipo más bien espiritual.

La Iglesia en su enseñanza es acusada de anatematizar el “eros” y de poner el “agapé” en un nivel tan alto que no es propiamente humano. En realidad en el ser humano, según la verdadera enseñanza de la Iglesia, el “eros” se ve plenificado y elevado a la categoría humana por el “agapé” sin el cual se vería reducido a un nivel puramente instintivo y animal, al nivel de cosa o mercancía.

El Papa nos dice: “Hemos encontrado, pues, una primera respuesta, todavía más bien genérica a las dos preguntas formuladas antes: en el fondo, el ‘amor’ es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra pueden destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor. También hemos visto sintéticamente que la fe bíblica no construye un mundo paralelo o contrapuesto al fenómeno humano originario del amor, sino que asume a todo el hombre, interviniendo en su búsqueda de amor para purificarla, abriéndole al mismo tiempo nuevas dimensiones. Esta novedad de la fe bíblica se manifiesta sobre todo en dos puntos que merecen ser subrayados: **La imagen de Dios y la imagen del hombre**.

A continuación, el Santo Padre desarrolla “la nueva imagen de Dios”. Un Dios único y personal que ama con predilección a un pueblo y cuyo amor es descrito en los profetas Oseas y Ezequiel, sobre todo, “con imágenes eróticas audaces”. La relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio; por consiguiente, la idolatría es adulterio y prostitución... “El ‘eros’ de Dios para con el hombre es a la vez ‘agapé’. Amor gratuito, que se da sin ningún mérito anterior y amor que perdona misericordiosamente.

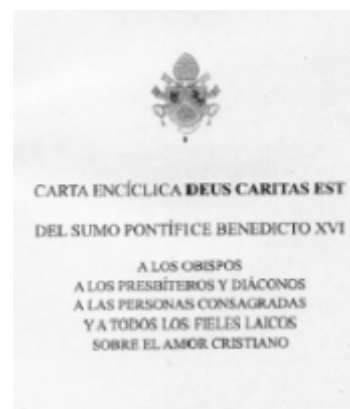
La primera novedad de la fe bíblica consiste en la imagen de Dios; la segunda, relacionada con ella, es la imagen del hombre, “creado a imagen y semejanza de Dios”, según nos dice la narración bíblica del Génesis, (1,26-27). “Hombre y mujer los creó”.

“Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne” solo ambos unidos en “una sola realidad humana” representan a la humanidad completa. A la imagen del Dios monoteísta corresponde la imagen del hombre unido en matrimonio único a su mujer. El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano. Esta estrecha relación entre ‘eros’ y matrimonio no tiene paralelo fuera de la literatura bíblica.

Al hablar del Nuevo Testamento todo se resume en la persona de Jesucristo: el amor de Dios invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. En la Eucaristía y en la cruz Jesucristo nos entrega el amor del Padre que es su mismo amor humano-divino. El Espíritu Santo personifica en Dios ese amor y nos lleva en Jesús al amor del prójimo, no ya como a sí mismo, sino hasta dar la vida por los que ama. Esta es la novedad del amor cristiano al prójimo en Jesús.

Así se manifiesta de un modo vivo la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo de la que con tanta insistencia habla la Primera carta de Juan.

“Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo ‘piadoso’ y cumplir con mis ‘deberes religiosos’, se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación ‘correcta’, pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama.



Llegamos así a la **Segunda Parte** de la Encíclica: Caritas, el ejercicio del Amor por parte de la Iglesia como “Comunidad de Amor”.

Aquí el Papa nos recuerda la frase de San Agustín: “Ves la Trinidad si ves el amor”. Así nos dice el Santo Padre: “El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia.

Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de una amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres.

La caridad es tarea de la Iglesia: el amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad...La Iglesia ha sido consciente de que esa tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos: ‘Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno’ (Hch.2, 44-45). A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa.

Un paso decisivo en la difícil búsqueda de soluciones para realizar este principio eclesial fundamental se puede ver en la elección de los siete varones, que fue el principio del ministerio diaconal (cf. Hch,6, 5-6). Con la formación de este grupo de los Siete, la ‘diaconía’ –el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico- quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma.”

Las “diaconías” se extendieron en Egipto y en la misma Roma como servicio institucionalizado a los pobres, inclusive reconocido jurídicamente por la autoridad civil.

En Roma en el S. IV, durante las persecuciones, fue trágico el ejercicio de la diaconía por el diácono San Lorenzo, venerado como mártir de los pobres. En resumen: la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad así como tampoco puede descuidar el anuncio de la Palabra y la administración de los Sacramentos. Desde el siglo XIX se levantó una objeción contra la labor caritativa de la Iglesia, diciendo que no hacía falta “caridad” entendida como “limosna dada por los injustos y explotadores ricos” para “tranquilizar” sus conciencias, sino un orden social más justo o sea: “justicia”, donde cada ser humano tuviera lo “justo” y necesario por derecho inalienable para vivir decorosamente. Se debe admitir que los representantes de la Iglesia percibieron sólo lentamente el nuevo planteamiento del problema de la estructura justa de la sociedad.

Sin embargo, a fines del siglo XIX, en 1891, aparece la Encíclica de León XIII ‘Rerum Novarum’, en 1931 ‘Quadragesimo Anno’ de Pío XI. En 1961, el beato Papa Juan XXIII, ‘Mater et Magistra’. Pablo VI. ‘Populorum Progressio’ en 1967 y la Carta apostólica ‘Ocogesima adveniens’ (1971). El Papa Juan Pablo II enriquece la Doctrina Social de la Iglesia con tres Encíclicas sociales: ‘Laborem exercens’ (1981), ‘Sollicitudo rei socialis’ (1987) y ‘Centesimus annus’ (1991). En 2004 se ha presentado el ‘Compendio de la doctrina social de la Iglesia’ redactado por el Consejo Pontificio Iustitia et Pax.

Benedicto XVI establece en esta parte dos principios: “a) El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones, dijo una vez San Agustín: ‘Remota itaque iustitia quid sunt regna nisi magna latrocinia?’. b) El amor –caritas- siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo. El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido –cualquier ser humano- necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de esas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda al hombre sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, una ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material.

Las organizaciones caritativas de la Iglesia, sin embargo, son un ‘opus proprium’ suyo, un cometido que le es congenial, en el que ella no coopera colateralmente, sino que actúa como sujeto directamente responsable, haciendo algo que corresponde a su naturaleza. La Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad organizada de los creyentes y, por otro lado, nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor.”

Así, omitiendo algunos párrafos que recuerdan el perfil específico de los organismos eclesiales que se dedican a la obra caritativa de la Iglesia en los que se señala que esta es totalmente independiente de partidos e ideologías, llegamos a la **Conclusión**.

En ella el Santo Padre cita nombres de santos y santas que se distinguieron en la Historia de la Iglesia por el ejercicio de la caridad. Así, termina con la hermosa oración que el Papa dedica a la Santísima Virgen María. Ella resume el Amor que espera y el Amor que realiza la Redención de los hombres en Cristo. “A Ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor”

“Santa María, Madre de Dios,
tú has dado al mundo la verdadera luz,
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios,
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así en fuente
de la bondad que mana de Él.
Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él.
Enséñanos a conocerlo y amarlo

para que también nosotros
podamos llegar a ser capaces
de un verdadero amor
y ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento.